

MARÍA ROSA LIDA
& YAKOV MALKIEL

AMOR Y FILOLOGÍA
CORRESPONDENCIAS
(1943-1948)

EDICIÓN Y PREFACIO DE MIRANDA LIDA

PRÓLOGO DE FRANCISCO RICO

«CANTIGAS DE AMIGO» DE MARÍA ROSA LIDA
AL CUIDADO DE FRANCISCO RICO

NOTAS Y COMENTARIOS
DE JUAN MIGUEL VALERO

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

- © de la edición y el prefacio, 2017 by Miranda Lida
- © de las notas y los comentarios, 2017 by Juan Miguel Valero
- © del prólogo y la edición de las *Cantigas de amigo*,
2017 by Francisco Rico
- © de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, participación de boda
de María Rosa Lida y Yakov Malkiel

ISBN: 978-84-16748-15-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 3680-2017

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Nota previa, por JUAN MIGUEL VALERO
7

Prólogo, por FRANCISCO RICO
9

Historia de un epistolario y de un exilio, por
MIRANDA LIDA
21

Nota a la edición, por
MIRANDA LIDA
51

AMOR Y FILOLOGÍA
CORRESPONDENCIAS (1943-1948)
53

«*Cantigas de amigo*» de María Rosa Lida,
al cuidado de FRANCISCO RICO
149

Aviso a las notas y comentarios, por
JUAN MIGUEL VALERO
169

Notas y comentarios, por JUAN MIGUEL VALERO
173

Cronología del epistolario
297

Bibliografía
301

Índice onomástico
329

PRÓLOGO

por FRANCISCO RICO

Hay que presumir que quien hoy esté leyendo esta página sabe cuando menos que María Rosa Lida fue la más sabia, la más lúcida, la más admirada estudiosa de la antigua literatura española en la segunda mitad del siglo pasado, y probablemente de cualquier época. Es menos seguro que sepa también que Yakov Malkiel se contó entre los más solventes expertos en la historia de nuestra lengua, en especial en cuanto rastreador de etimologías. En cualquier caso, ninguno de esos conocimientos es imprescindible: las cartas que configuran el presente libro pueden muy bien leerse como una novela de amor, a ratos rosa, y como el relato de una seducción y de una entrega, con final feliz por unos pocos años.

La acción transcurre entre 1947 y 1948 en las dos costas de Estados Unidos, los protagonistas son dos emigrados judíos doctos en varias filologías. Ella se ha criado en Buenos Aires al amparo de una conservadora familia askenazi, ha tenido una solidísima formación en humanidades clásicas y letras modernas, perfeccionada en el Instituto de Filología de la universidad bajo la dirección de Amado Alonso (para María Rosa, quizá sin darse cuenta, *nomen omen*) y ahora, cuando se acerca peligrosamente a la cuarentena (nació en 1910), disfruta de una beca en Harvard y se pregunta qué porvenir la espera.

Él es algo más joven (1914), pero incomparablemente más corrido. Askenazi asimismo, con parentela en la burguesía industrial rusa, ha vivido, estudiado y se ha doctorado en Berlín con maestros hoy míticos como Ernst Gamillscheg,

Eduard Norden y Karl Strecker, y de un modo o de otro relacionado con figuras como Nabokov o Hugo von Hofmannsthal. No carece de gustos literarios: ha escrito sobre Paul Valéry y colabora en la prestigiosa *Die neue Rundschau*. En febrero de 1940, ha entrado en una Nueva York poco amiga de refugiados hebreos, con lo puesto y sus padres a cargo, sobreviviendo primero con clases particulares, academias de idiomas (los sabe todos) y universidades modestas, hasta conseguir un puesto en la de California (Berkeley). Hombre ambicioso, desde el principio ha buscado los contactos influyentes y tiene claro el plan de su vida: una cátedra y una revista erudita desde las que expandir los saberes que domina, y un plácido matrimonio. La perfecta casada en la que piensa debe ser judía, hispanohablante y filóloga (y en los meses en que se cartea con María Rosa no deja de pasear con otra candidata que reúne los tres requisitos).

No sabemos con certeza quién dio un primer paso estrictamente profesional: verosíblemente fue YM quien, procurando darse a conocer en el círculo de la *Revista de Filología Hispánica* bonaerense conducida por Amado Alonso, envió a MR media docena de sobretiros, a los que ella correspondió con un ejemplar de su antología del *Libro de buen amor*. Profesional, digo, pero cuando en el acuse de recibo, en septiembre del 43, trata a MR de «nueva Carolina Michaëlis», hilando delgadísimo cabe reconocer una prefiguración: pues doña Carolina y el musicólogo Joaquim de Vasconcelos se le ofrecían como arquetipo de la pareja ideal que él mismo deseaba formar; hasta el extremo de que ya prometidos llegaba a dirigirse a MR en portugués, llamándola «*Minha prezada e cara Carolina*», firmando «Joaquim» y declarando a ambos estudiosos «nuestros antepasados en el campo epistolar».

La correspondencia, sin dejar de lado los temas profesionales, cambia de rumbo cuando YM averigua que MR se muda a Harvard: ahora la ve no meramente como «una compañera de trabajo tan fina y tan simpática», sino como «muy buena amiga» y «mujer sensible», al par que se le presenta como «hombre endurecido», de treinta y tres años, y decidido a arreglar su viaje de finales de verano a la costa atlántica de manera que puedan verse. La respuesta de MR se abre aún más francamente a las confidencias: si él le parece un sefardí de «naturaleza angélica o arcangélica», ella se dice «la más desvalida para andar sola por esos mundos» y encantada de estrecharle la mano en cuanto llegue a Boston.

A partir de ahí crece en YM la urgencia del encuentro —aunque sea en un congreso en Detroit, para «combinar lo provechoso y lo ameno»—, y las indicaciones de por dónde irán los tiros crecen con un disparo de salida: «a pesar de lo que le dijo el Dr. Alonso, no hay ningunas “reinas” ni en mi nombre ni en mi vida, porque vivo soltero». También en MR crece el tono íntimo, para lamentar el «*evil of solitude*» y pintarse «callada y reticente», «amedrentada» por las personas. Como nunca se han visto, las etopeyas encaminan al irremediable intercambio de fotografías, no sin apuntes jocosos ni sin la revelación de que YM no ha archivado en sus ficheros el retrato de MR: «al contrario, *je l'ai sur moi*». Al «Amigo Malkiel» sustituyen el titubeante «Amigo Malkiel-Yasha», el resuelto «Yasha»—luego «Yashunguín» y cosas peores—, junto al tuteo y los saludos de casa a casa. Los recuerdos personales afloran más espontáneamente: YM se evoca como el «niñuelo» que «pensaba ser poeta», dejó el colegio en marzo de 1933, y «dos días después fue elegido canciller A. H.». Las iniciales velan aquí la reflexión que MR refleja en otro lugar y que tan a menudo han expresado quienes se libraron del Holocausto:

¡Cuántas veces, al leer esas horribles noticias de los crímenes inexpiables de Alemania, he pensado: cuántos, mejores y más dignos que nosotros, los que por puro azar estamos aquí en salvo, han muerto! ¡Qué responsabilidad, qué deuda para los que hemos tenido la suerte inmerecida de hallarnos fuera de la hoguera!

Todo ello, desde luego, sin mengua de las inesquivables acotaciones filológicas. Pero, a decir verdad, la filología asoma por dondequiera que se mire, químicamente pura o implícita en menciones y alusiones. Los apellidos *Lida* y *Malkiel* son objeto de cavilaciones etimológicas: puesto que el del galán significa ‘Dios es mi rey’, la carta en que la galanteada cuenta la novedad a sus allegados se bautiza *Crónica de veinte reyes* o *de mi rey único*; y YM equipara su matrimonio a las «soluciones perfectas» que él persigue como lingüista. La realidad de hogaño con frecuencia emerge a través del texto de antaño, por equivalencia o por contraste: «California», no nombrada, es «la tierra que está cerquita del Paraíso terrenal, según asegura el *Esplandián*»; «Hoy es la primera vez en mi vida que he visto nevar. La nieve es hermosísima en hexámetros, en *Diffugere nives*, en cuaderavía (“más blancas que las nieves que non son coceadas”), y supongo que también en algunos [otros] metros. Pero sobre un cuerpo hecho al clima subtropical moderado de *ma douce contrée* (*la douceur argentine*, que decía Joachim Du Bellay), no». Etcétera, etcétera.

Las puntadas literarias, tácitas o expresas, más de una vez en racimo como ahí, son continuas. ¿Pedantería? No. O bueno, sí. Pero una pedantería que sobre todo es concreción natural, instintiva, del universo de discurso, del lenguaje, que habitan los interlocutores. Bastarían dos líneas: «*fata viam invenient*, o sea, en romance, ‘ya encon-

traré un taxi para llegar a 2703 Stuard St'». Pero leamos un párrafo:

Pequeño incidente para ilustrar un aforismo de Esquilo. Por la noche, a las 10—*Library closing!*—, me retiro de la Widener con una pila de libros coronada por A. Cappellanus, *De Amore*. Pienso que es un poco escandaloso llevar a la vista un libro con un rótulo tan incendiario, lo cambio de posición, resbalo sobre la nieve dura y lisa, y caigo en elegante posición recumbente (adjetivo-participio presente que le sabría a gloria a Juan de Mena). Creo que no tengo nada roto, pero aseguro que he aprendido todos estos días, cuántos y cuáles músculos entran en juego al sentarse, inclinarse y levantarse: *If the dull substance of my flesh were thought ...*

El estado del alma se infiere de una entrada bibliográfica, a cuenta de Andrés el Capellán; la del cuerpo, con un soneto de Shakespeare. La caída se describe mediante un cul-tismo digno del más refitolero prerrenacentista; y una nota marginal de MR advierte: «πάθει μάθος no lo traduzco por vengarme».

Pedantería, pues, consabidamente juguetona, que se ríe de sí misma unas pizcas, y surge con la espontaneidad de quienes residen familiarmente entre la erudición y la literatura y no siempre distinguen la vida vivida de la vida leída. (Por más que, resume Vasconcelos-ΥΜ, «Parece que últimamente ha havido muito mais “romance” do que “filología”»). En 1947-1948, MR ha rematado ya su voluminosa tesis sobre Juan de Mena y tiene en marcha su obra maestra, *La originalidad artística de «La Celestina»*, que tardará quince años en publicarse. Conque podemos preguntarnos si discurre sobre los amantes de la *Tragicomedia* o sobre sí misma y su futuro marido cuando escribe:

Estoy entusiasmada con *La Celestina*, «*nequitiarum parens*», y enamorada de Calisto (las cosas que dice: «¡O! ¡Si en sueño se pasase este poco tiempo!»). «Pero tú, dulce imaginación, tú que puedes, acórreme»), ese Calisto que vive de una tajada de diacitrón, comida de prisa porque no puede perder tiempo: necesita todo su día para soñar. ¿A que U. no es capaz de vivir así? (Yo tampoco, pero si llego a hacer algo con todo este amor que me bulle por Calisto y por su mamá, la sin par Fiammetta, acompañaré cada separata con una tajadita de diacitrón).

Pero la cita latina de Juan Luis Vives, al principio, y la mención de la «elegía» de Boccaccio, al final, salen además de sus indagaciones de entonces sobre la posteridad y los precedentes de Fernando de Rojas. Al cabo, MR percibe, y se lo explica doctamente a YM, que la correspondencia entre ambos es una

novela epistolar que su colega Ch. E. Kany tendrá que insertar en la próxima edición de sus *Beginnings of the Epistolary Novel*, sólo que la nuestra no es *beginning* sino *end and perfection* (ἐντελέχεια que dice el vulgo peripatético).

De la Biblia a la canción popular, de los clásicos griegos y latinos a Goethe y a Dickens, de los medievales al apasionado *Testament of Youth* de Vera Brittain, de Cervantes a Stefan Zweig, las reminiscencias de la literatura se cuentan por decenas (en MR en grado máximo, en YM en medida decorosa). Aunque mayormente vienen de una memoria bien educada, de unos libros de cabecera y de los trabajos del momento, no faltan las citas que responden a una búsqueda deliberada de documentación. Así, el *Oxford Book of Medieval Latin Verse* (de 1928) es fuente doméstica y socorrida, pero si hallamos cercanos a Audefrois le Bâtard, Guiot

de Provins y otros rimadores coetáneos y coterráneos ello se debe a que a MR no tiene a mano en la *Chrestomathie* de Carl Appel provenzales adecuados, de los que complacen a YM, y no le «queda más consuelo que el francés del Norte»; de ahí el recurso sistemático a los *Romanzen und Pastourelle*n de Karl Bartsch y a compilaciones similares. Como sistemático es a una determinada altura el despojo de las epístolas de Abelardo y Heloísa. Que no todo consiste en dar rienda suelta y atolondrada al corazón lo comprueban los borradores que MR preparaba para ponerlos luego en limpio con bellísima caligrafía.

El encuentro se produjo al fin en las pocas fechas que YM le había reservado, un tanto cicateramente, en el curso de un viaje de congresos y bibliotecas. El instante supremo llegó en Cambridge (Mass.), el día de Navidad de 1947, a las doce y media en punto. Fue entonces cuando saltó el «*coup de foudre*». YM lo transparenta evocando los espléndidos tercetos de la *Commedia*:

*Noi leggiavamo un giorno per diletto
di Lancialotto come amor lo strinse;
soli eravamo e sanza alcun sospetto...*

*Quando leggemmo il disiato riso
esser baciato da cotanto amante,
questi, che mai da me non fia diviso,
la bocca mi basciò tutto tremante.
Galeotto fu 'l libro e chi lo scrisse:
quel giorno più non vi leggemmo avante.*

Nuestros protagonistas cometieron el «pecadillo», si no pecado («*Alas, alas, that love was ever sin!*», plañía YM), que los mantuvo para siempre unidos, mientras revisaban una no identificada «etimología» en impenetrable relación con el lingüista Morris Swadesh: «¿No corregimos

juntos sus pruebas el día de Navidad, a las doce y media? ¿Recuerdas el libro que leyeron Francesca da Rimini y cierto caballero?». Más claro, agua: él, sin duda estremecido, debió de darle a ella un tímido beso en la mejilla.

No otra cosa cabría esperar. MR era hija de una estricta familia judía, de ningún modo «una *American girl* sino un producto del Deuteronomio + inhibiciones hispánicas». («Del Deuteronomio, XXII, 13 y sigs.», insistía en precisar. «Y el Deuteronomio es el Deuteronomio». Como igualmente: «la Argentina es en esto la más tradicional de las naciones hispanoamericanas, y yo soy en esto architradicionalísima»). La sentimentalidad que le era propia la llevaba a guardar unas «rosas secas» o poner en un envío unos «pétalos de flores», atar un manojo de cartas con la «cintita de seda» que tal vez envolvía la caja de bombones regalada por el novio o su mamá, y juzgar «precioso, tan suave de color y perfume», el ramo que uno se imagina de un temible gusto californiano *old vintage*. Bromeaba con la amenaza de que YM pusiera en peligro la salvación de su alma por citar «en un trabajo de investigación» sobre la palabra *cansino* «a una daifa como la Rita Hayworth». Aun saboreando *La Celestina*, las *Metamorfosis* y otras «lecturas pecadoras», abominaba «los gorrinos gustos so capa de freudismo barato», y la Condesa de Dia, la mayor *trobairitz*, se le antojaba lisa y llanamente «una grandísima cochina, hablando sin perdón». MR prefería ser «anticuada» y atenerse a su fray Íñigo de Mendoza: «¡Oh pureza sin historia!».

Tras el primer encuentro, el 25 de diciembre de 1947, MR llegó a Berkeley el 27 de enero del 48 y el matrimonio según el rito hebreo se celebró el 27 de marzo. Antes de las Navidades no hubo nada como una promesa o una petición de mano, pero del carácter que iban tomando las cartas ninguno de los dos implicados podía esperar otra cosa

que unas nupcias: según la arraigada costumbre askenazi, entre la amistad y la boda no hay estadio intermedio. Para MR, lo más parecido a un compromiso quizá fue la decisión de dirigirse a YM como «Yasha», advirtiéndole: «apenas llamo por el nombre sino a los varones de mi familia».

No me consta que MR hubiera pasado por ninguna otra experiencia similar a la del carteo (y cortejo) con YM. Él sí había flirteado con una sefardí y, en el mismo otoño de la correspondencia con MR, hablado quejumbrosamente a otra askenazi de casamiento y hasta de viaje de novios. Más que en doble juego, hay que pensar en honestos intentos de seducción conservadoramente apuntados al desposorio: para un emigrado (y más para los «*refugees = refugees*»), el sólido horizonte de hacer carrera en Norteamérica, formar una familia, establecerse socialmente... «Si hay distancias u obstáculos—escribía—que separan personas de marcada afinidad de gustos e intereses, hay que vencer los obstáculos». Poniendo en juego toda una estrategia de filología y cultura literaria, no le fue difícil la conquista: llegaba en el momento justo.

Al entrar en Estados Unidos, un domingo de San Mateo, 21 de septiembre de 1948, MRL cerraba de un golpe el pasado y oteaba con desconcierto el porvenir.

No sé qué camino tomar... Excluido Harvard, por el Este sólo queda dar clase en colegios de niñas. ¡Horror! ¿Ir a otra universidad, nuevo y absoluto destierro? Prefiero no pensar, como cobarde que soy, y decir con los sefardíes: «El Dió proveerá».

Por otro lado, fueran cuales hubieran sido sus más que hipotéticos coqueteos, novietes o amoríos anteriores, no podía arrinconar que se le acababan los plazos para convertirse en una respetable señora casada, a imagen y semejan-

za de lo que había visto en los suyos. YM la invitaba a consultar en el diccionario el significado del giro *coiffer sainte Catherine*, cuando de sobras sabía ella traducirlo por «quedarse para vestir santos»...

Una vez decidido y confirmado el matrimonio, a MR se le desborda toda la afectividad que previamente había reprimido o disfrazado de donaire erudito. Entre la Navidad de Cambridge y el San Mateo de Berkeley, son muchos, claro, los arreglos prácticos que la ocupan y los desasosiegos que la desvelan, pero el tono de esos tres meses de «víspera de la partida» lo da el desbocarse de la pasión. La postal con la que después del 25 de diciembre reanuda la correspondencia es un zéjel con un ardoroso dístico de vuelta:

Enferma de amor estoy,
váleme, Yasha, *my boy*.

Porque en ese período, a Yasha, literalmente, se lo comería a versos. (Remito al Apéndice: «Cantigas de amigo»). Los doctos encabezamientos políglotas cobran de hecho aire de suspiros: *Biaus dous amis*, *Animule mi*. La frase pide más de una vez el signo de exclamación: «Yo también te espero, Yasha, ¡cómo te espero!». En las zozobras de la espera, no obstante, podía más la esperanza una pizca azucarada: «Tenemos que querernos mucho los dos, y ser buenitos, y comprendernos, y perdonarnos, y vivir limpia y buenamente. Lo deseo mucho, y confío mucho en ti, más que en mí».

Quienes tratamos a Yakov Malkiel no siempre comparíamos retrospectivamente tal confianza. Nos equivocábamos: María Rosa alcanzó lo que deseaba. Por poco tiempo. En agosto de 1960 se le diagnosticó a ella un tumor que le dejó sólo un breve espacio de vida. Pero en la última

PRÓLOGO

cláusula de su testamento le importó «*above all*» dar las gracias a su querido esposo

for the years of happiness he has given me since our wedding, for his love, his understanding, his patience and his unstinted help in my scholarly work. In all sincerity I ask him to forgive me for anything I have said or done that he didn't approve of. May he live many & happy years hereafter, and may our life together be a pleasant memory for him, whom I bless with all my heart.

Los desconfiados nos engañábamos: Yasha hizo feliz a la dulce María Rosa.